# Anunciación de María (Lc 1,26-38)

En el mes sexto, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Ella se turbó grandemente ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquel. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin». Y María dijo al ángel: «¿Cómo será eso, pues no conozco varón?». El ángel le contestó: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios. También tu pariente Isabel ha concebido un hijo en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril, porque para Dios nada hay imposible». María contestó: «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». Y el ángel se retiró.

### Cuando llegó la plenitud del tiempo

En un pequeño pueblo de Galilea, una chica común, a unos meses de independizarse e irse a vivir con José, su prometido. Ni palacios, ni palomas. No son los reyes quienes escriben la historia.

El pueblo estaba convencido de que Dios enviaría un mensajero, un mesías. Los sabios, los profetas, habían insistido en ello una y otra vez. Todo el mundo lo sabía, incluso algunos lo usaban como excusa: “bueno… ya cuando llegue el mesías lo arreglará”. Y el mesías llegó. Dios cumplió sus promesas, envió a su Hijo. Dios se hizo hombre, se encarnó, vino al mundo él mismo para mostrarnos cuanto nos ama, para enseñarnos de qué va la vida.

Estamos en el momento culmen de la historia, el punto de inflexión. Dios está con nosotros. ¿Y ahora qué?

### Estad siempre alegres

Sin embargo, Dios no quiere venir contra nuestra voluntad. Él llama a la puerta, pide permiso para entrar. Y sabemos que es él porque trae alegría, plenitud. Una alegría particular, quizá no se entiende en un primer momento, pero profunda, mucho más profunda que cualquiera de las alegrías que nos ofrece el mundo.

La alegría aparece al inicio de la conversación con el ángel, y aparece también al final, aunque es más difícil de percibir. María responde: “hágase en mí”, y ese “hágase” en griego está escrito como γένοιτο, que es el modo optativo del verbo. Es decir, que está expresando un deseo grande y alegre de que esto suceda. No es un: “Bueno, vale…”. Es un: “¡Genial! ¡Lo estoy deseando!”.

Donde está Dios, hay alegría.

### Para Dios nada hay imposible

“¿Cómo será eso?”. Y el ángel podría haberle contestado explicándole qué es lo que tenía que hacer. Otras veces en la Biblia así es como sucede. Pero no, esto no es un milagro, ni mucho menos un sortilegio. Aquí no estamos hablando de traer un hijo al mundo, estamos hablando de traer a Dios al mundo. Y a Dios no se le trae haciendo cosas. Es Dios mismo quien viene, nosotros solo podemos aceptarle, acogerle. Él puede venir de la forma más inesperada. Nosotros, por mucho que hagamos, no podemos acercarle ni un poquito.

### He aquí…

Lo único que podemos hacer es acoger su venida. Estar atentos, dedicar tiempo a escuchar, esperar, confiar, mostrarnos disponibles. Esa es la actitud de María, ya desde antes de su encuentro con el ángel, y esa es su respuesta: aquí estoy, para lo que necesites. Cada una de sus palabras merece un tiempo de meditación: hágase; en mí; según; tu; palabra.

¿Ante quién es posible pronunciar esto? ¿En quién confías tanto? ¿Cómo de disponible estás para Dios?

### Y el ángel se retiró

Eso es todo. Me imagino a María una semana más tarde, en algún momento de flaqueza, pensando si no habrá sido todo una imaginación suya… Ningún ángel se le volvió a presentar para animarla o explicarle cómo iban las cosas por allá arriba. Tuvo un momento de encuentro con Dios y, el resto de la vida, le tocó vivir de la fe, de la confianza infinita en aquel acontecimiento.

### Para meditar

Algunas preguntas que pueden ayudarte a reflexionar:

* ¿Hay algún momento en tu vida en el que puedas decir que te has encontrado con Dios?
* ¿Cómo te relacionas con Dios? ¿Cuál es tu actitud ante él?
* ¿En qué actos concretos del día a día se aprecia tu confianza en Dios?
* ¿Conoces la voluntad de Dios para ti? ¿Qué puedes hacer para escucharla? ¿Te consideras disponible?